

“A todos los huéspedes que vienen al monasterio se les recibe como a Cristo ” (RB 53.1)

Abbot Martin Werlen

Segunda Parte

Hospitalidad

Sobre la tradición y las tradiciones

Mucha gente asocia rápidamente “Vida Benedictina” con hospitalidad. Podemos alegrarnos por ello porque la hospitalidad no es una de las tradiciones de la vida benedictina, pero sí es esencial a la tradición de nuestra vocación. Cuando abandonamos la hospitalidad, abandonamos nuestro carisma.

Estoy encantado que, como tema de este simposium, no hayáis elegido una de las tradiciones de la vida monástica, sino algo que es esencial a la tradición viva. Y la misma tradición es siempre viva y actual, o no es tradición, sino una de las muchas tradiciones que están obsoletas.

En algunos aspectos, el Zeigeist (el espíritu de los tiempos) es bastante similar a los tiempos benedictinos, más de lo que pensamos. Esto es también verdad en lo concerniente a la hospitalidad. Al igual que en el siglo VI, en el siglo XXI hay migraciones: la gente busca trabajo cruzando fronteras, la gente huye y busca un hogar en otros países, la gente viaja por placer o para formarse en otras naciones. En estos tiempos de migraciones, la xenofobia se extiende. La xenofobia es un reto para todos los bautizados. En estos tiempos estamos llamado a vivir nuestra vocación benedictina y la hospitalidad es parte de ella.

En el contexto de lo que hemos dicho hasta ahora, queremos volver la mirada sobre la postura cristiana ante la hospitalidad. El extranjero (xenos) se puede convertir en una amenaza (hostil), pero por medio del amor se puede convertir en huésped (hostes). La filoxenia es el movimiento para aproximarse al extranjero y acogerlo para que se convierta en amigo por medio del amor y de la bondad.

Según Henri Nouwen, la filoxenia es un modelo para los encuentros humanos:

1. Invitando al otro y acogiéndolo. Eso requiere que estoy en casa conmigo mismo. Exige apertura a lo inesperado y a arriesgarse.
2. Compartiendo, sirviendo, proporcionando orientación.

Encontramos la filoxenia en las Escrituras. En la conciencia que tiene el creyente israelita de que la vida es sinónimo de ir de un lugar a otro y quedarse en tierra extraña (Sal. 38, 13; 1Cro 29, 15 etc). Los bautizados también son llamados extranjeros y peregrinos (1Pt 2,11) cuya patria es el cielo (Fil 3,20). El Dios que se revela en la Biblia es un Dios que ama al extranjero. En consecuencia, la imagen de la hospitalidad se usa repetidamente para representar la salvación final (Is 25, 6; Mt 8, 11). Jesús se comprende a sí mismo como el mensajero de esta invitación De Dios, “Mirad, mi banquete está preparado” (Mt 22,4; Lc 14, 15-24). Jesús actúa como Dios: acoge a los pecadores y come con ellos, les trata como a sus huéspedes y les lava los pies, se entrega a sí mismo como comida.

En Jesús, Dios mismo se hace extranjero que no es recibido por su pueblo (Jn 1,1). Muere como un marginado, “fuera de la ciudad” (Heb 13,13), abandonado incluso por Dios. De esta manera, se reconcilia con el mundo que se había alejado de Dios, con Dios (2Co 5, 19). Desde entonces, Cristo está presente en cada extranjero, marginado, en cada huésped: “ Fui extranjero (peregrinus) y me recibisteis” (Mt 25, 35).

Hay dos ejemplos excelentes de filoxenia en el Antiguo Testamento. Gen 18, 1-16 narra la filoxenia de Abrahán y 1Re 17, 8-24 , la hospitalidad de la viuda de Sarepta.

En el Nuevo Testamento leemos muchas situaciones en las cuales la gente invita a Jesús a sus casas. Tan pronto como entra en ellas, actúa como anfitrión. “si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.” Como bautizados, practicamos la filoxenia con Cristo y lo acogemos, pero Cristo es básicamente el que nos

agasaja. En muchos pasajes del Nuevo Testamento, aparece el mandato de la hospitalidad para llamar la atención de los bautizados, como por ejemplo en 1Pe 4, 8-10 (“Acogeos unos a otros”- philoxenoi) y en Rom 12, 12-13 (“practicando la hospitalidad.”- philoxenia).

La filoxenia de los cristianos de los primeros siglos ha contribuido de manera significativa a la extensión del evangelio. Así, en el siglo IV, el emperador Juliano lamenta que es sobre todo “la amabilidad hacia los extranjeros” la que ha favorecido las “malas enseñanzas del cristianismo”

Todos los bautizados están obligados a ofrecer hospitalidad, pero la casa del obispo se consideraba como el mejor albergue. Por eso, en el rito de la consagración episcopal aún se dice: “¿Estás dispuesto, por el amor de Dios, a acoger al pobre, al que no tiene hogar y a todos los necesitados y ser misericordioso con ellos?”

En el siglo IV, la hospitalidad cristiana (hospitalitas) se institucionaliza cada vez más. Hospicios, hogares y albergues son dirigidos principalmente por monjes. Acogen a peregrinos, extranjeros y a los pobres. Basilio construyó una ciudad entera de instituciones caritativas. Sin embargo, a pesar de la estima general hacia el extranjero que hay en el monacato, hay también aspectos bastante negativos. La Regla del Maestro parece estar influida por esta tradición negativa. Los hermanos de visita deben ser recibidos con reverencia, con oraciones y lavatorio de pies (RM 71-72), pero el extranjero debe ser recibido con desconfianza (RM 78-79). Después de dos días deben pagar o irse. Se les vigila día y noche para que no roben. Los términos “observar” y “guardar” aparecen nueve veces en RM 79. En general, sin embargo, el monacato se distingue por una hospitalidad generosa. Los motivos para el amor al extranjero son: Somos peregrinos y extranjeros. Cristo acogió a los extranjeros y nosotros lo imitamos a él. Cristo mismo es acogido en el extranjero. La experiencia nos enseña: aquellos que practican hospitalidad reciben mucho más a cambio de lo que dan. La hospitalidad también causa dificultades. La acogida y presencia de huéspedes puede llevar a un conflicto con el modo

de vida monástico (oración, ayuno). Es también necesario “distinguir los espíritus” para que los huéspedes no se conviertan en ladrones o delincuentes.

Vayamos ahora a la Regla de San Benito. El capítulo 53 está claramente influido por el espíritu de las Escrituras. El capítulo se basa, sobre todo, en el ejemplo de la Filoxenia de Abrahán (Gn 18, 1-16), pero esta hospitalidad muestra una motivación cristológica: Cristo viene en el extranjero. En las Escrituras y en la Regla de San Benito, la pastoral y el servicio social se consideran una unidad.

El capítulo consiste en dos grandes partes. Los versículos 1-15 tratan sobre la acogida de los huéspedes, en los versículos 16-24 se presentan las medidas para proteger a la comunidad. La primera parte se caracteriza por su vocabulario litúrgico (Filoxenia como preocupación espiritual, como una forma de liturgia). La segunda parte contiene más instrucciones prácticas (la protección de la comunidad como una necesidad práctica). Parece haber tenido lugar un desarrollo entre ambas partes. En la segunda parte, la comunidad parece haber crecido, los oficios y las instalaciones se han multiplicado, las cocinas se han separado los huéspedes llegan continuamente y nunca faltan. Cuando hablamos sobre la hospitalidad benedictina, debemos darnos cuenta que las dos partes forman una unidad.

Parte 1: versículos 1-15

La lectura de la primera parte puede darnos la impresión de que las enseñanzas de Benito no son espirituales. A primera vista, el texto parece muy práctico, pero estudiándolo más de cerca, descubriremos enseñanzas que no son nada prácticas. Para adentrarnos en el texto, puede sernos útil un modelo de actuación (en alemán *Aktionsmodel*).

Los modelos de actuación son concretos, instrucciones descriptivas cuyo objetivo es demostrar la calidad (aproximación radical a algo) y la

dirección de nuestras acciones. Como ejemplo de un modelo de actuación tenemos la enseñanza de Jesús de que si te abofetean la mejilla derecha, ofrece también la izquierda. Si esta enseñanza se entendiese de manera literal, tendríamos una visión restringida de lo que Jesús quiso decir. Son bastante raras las circunstancias en las que nos golpeen en la mejilla derecha, pero no las situaciones a las que este modelo de acción puede ser aplicado. Lo mismo vale para el lavatorio de los pies de la Última Cena. La primera parte del capítulo 53 es un modelo de actuación de hospitalidad. Lo que se pide aquí no es una observancia literal, pero sí la misma calidad y manera de tratar a los huéspedes.

De lo que se ha dicho hasta ahora, podemos deducir lo siguiente: nuestra tarea, hospitalidad incluida, no es llevar a cabo las tradiciones, sino vivir la tradición hoy. Para poder hacerlo, necesitamos conocer bien nuestro carisma. También necesitamos conocer el mundo de hoy, es decir, el *Zeitgeist*. Para poder profundizar en la tradición de la hospitalidad continuamente, echemos un vistazo al capítulo 53 de la Regla de San Benito. Ojalá esto nos inspire alguna reflexión.

1 A todos los huéspedes que vienen al monasterio se les recibe como a Cristo, porque Él dirá: *fui forastero y me hospedasteis.*

La radicalidad de este capítulo aparece en el primer versículo y en la primera palabra en el texto original latino: Todos son recibidos como Cristo. Cuatro veces aparece “todos”: en los versículos 1,2,6 y 13. Esta es la primera mención en la Regla de que Cristo viene de afuera. Hasta ahora la presencia de Cristo se menciona en el abad, en el enfermo, en las Sagradas Escrituras, en la liturgia, en cada monje. Cristo en medio de nosotros, Cristo que llega inesperadamente.

2 A todos les darán un trato adecuado, sobre todo a los hermanos en la fe y a los extranjeros.

Las Escrituras también hablan de un trato adecuado con las hermanas y hermanos en la fe y con los miembros más débiles.

3 Cuando se anuncie la llegada de un huésped acudan a su encuentro el superior y los hermanos con la mayor muestra de caridad.

El término latino “occuratur” significa “deprisa” o “carrera”. Es una clara alusión a Gen 18. Aquí el anciano Abrahán corre hacia los visitantes. El israelita debe reírse en este momento, es decir, mucho antes de la risa de Sara. Cuando Dios aparece, lo imposible ocurre. Cuando Dios aparece, incluso un hombre centenario es capaz de correr.

4 Primero orarán juntos, y así se hermanarán en la paz.

Comparad con el versículo 4 del Prólogo: “Ante todo, al empezar cualquier obra buena, pídele a Él con insistente oración que la lleve a término.” Los encuentros humanos deberían estar enraizados en la oración.

5 Se darán el beso de la paz después de haber orado, para evitar malas ilusiones.

La oración es la base para la distinción de espíritus.

6 Muestren la mayor humildad al saludar a todos los huéspedes que llegan o se van:

Junto con la reverencia, la humildad es la actitud básica de la filoxenia. La humildad nace de la fe en la presencia de Cristo y de ser conscientes de que nosotros mismos somos extranjeros.

7 con la cabeza inclinada o postrando todo el cuerpo en tierra, adorando a Cristo en ellos, pues a Él se le recibe.

La inclinación de cabeza es una muestra de humildad (RB 7,63). El monje no está al mismo nivel que el huésped, sino que se coloca a sí mismo por debajo (RB 7, 49).

Este es el único lugar de la Regla donde la palabra “adorar” (Adoretur) aparece. No en los capítulos de la liturgia, sino aquí, en el capítulo de la hospitalidad. Aquí estamos tocando la tradición de nuestra fe, aunque,

desafortunadamente, nos hemos acostumbrado a otras actitudes en nuestras tradiciones. Es alarmante que nosotros, que nos consideramos católicos, no descubramos a Cristo en el sufriente. Las palabras de Juan Crisóstomo (347-370, el gran predicador, deben resonar aún hoy en nuestros corazones:

“¿Quieres honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies cuando anda desnudo. No lo vayas a honrar aquí dentro con paños de seda, mientras allá fuera lo olvidas a El, afligido del frío y la desnudez. El que dijo: Esto es mi cuerpo, y de verdad realizó lo que decía, ese mismo dijo también: Me visteis hambriento y no me disteis de comer; y también: Cuando no lo hicisteis con uno de estos pequeñuelos, conmigo no lo hicisteis. (...) ¿Qué utilidad se sigue de que la mesa de Cristo esté cargada de vasos de oro, mientras El perece de hambre? Antes que nada sacia tú al hambriento, y luego, de lo sobrante, adorna a Cristo en su mesa. ¿Cáliz de oro fabricas y no das un vaso de agua? ¿Qué necesidad hay de ornamentar la mesa con telas tejidas de oro y en cambio no dar a Cristo ni siquiera lo necesario para el indispensable vestido? ¿qué utilidad se saca de eso? (Comentario a San Mateo. Homilía L (LI)).

8 Recibidos los huéspedes lléveseles a orar y después siéntese con ellos el superior o quien él mandare.

El primer objetivo de la filoxenia es invitar a la oración, al encuentro personal con Dios. La comunidad debería compartir su aspecto más fundamental con los demás. Con frecuencia, la experiencia viene antes que la enseñanza en la RB (RB 58). “Sentarse” es un expresión de “tomarse tiempo”. En muchos comentarios antiguos, la atención se centra en el siguiente momento: por un lado, ayudar al huésped en su camino de salvación; por otro, evitar la charla, que va en detrimento de ambas partes (huésped y monje)

9 Léase ante el huésped la palabra De Dios para que se edifique, y después se le tratará con afabilidad.

Compartir con el huésped lo que reúne a la comunidad: La Palabra De Dios, por eso tiene sentido colocar un ejemplar de la Biblia en cada habitación de la hospedería. A través de la interacción humana con el huésped, se proclama a Cristo y el huésped es conducido al encuentro con Dios.

10 en atención al huésped el superior interrumpa el ayuno, a no ser que se trate de uno de los días más importantes del ayuno que no se pueda violar.

Si sabéis lo que significaba el ayuno para los monjes antiguos, podéis adivinar cuánto significa el huésped para San Benito. “¿Pueden acaso los invitados a la boda ponerse tristes mientras el novio está con ellos?” (Mt 9, 15).

11 En cambio los monjes continúen con los ayunos acostumbrados.

La comunidad debería continuar con su rutina habitual.

12 El abad dé aguamanos a los huéspedes.

Sulpicio Severos cuenta con gran admiración que el gran obispo Martín de Tours derramaba agua sobre sus manos (Vita Martini 25.3). Quizá eso también impresionó a Benito. Juan Crisóstomo exhortaba: “No os avergoncéis de servir a los pobres con vuestras propias manos, porque a través de ese servicio vuestras manos son santificadas” (Ep. 66, 11. 3-4).

13 Tanto el abad como la comunidad laven los pies a todos los huéspedes.

El lavatorio de los pies tenía en sus orígenes un significado práctico. Para aquellos que acogían a un huésped que caminaba con los pies descalzos sobre los caminos polvorientos y con calor asfixiante, el lavado de los pies y la filoxenia son inseparables (Lc 7, 44; Tm 5, 10). En el futuro, este significado práctico se fue olvidando, sobre todo en países más fríos. No obstante, otros significados que ya se indican en RB 53 también evolucionan: el lavatorio de los pies se separa de la comida y no tiene lugar en el momento de la bienvenida, sino después. Se entiende como imitación de Cristo: servir como Cristo ha servido y se ha entregado a sí mismo. El lavatorio se hace a Cristo mismo y muchos Padres lo consideran un “sacramento”. Uno de los Padres afirma: “Se deben cumplir tres cosas: la recepción de los sagrados misterios, la mesa de los hermanos y la palangana para lavar los pies”.

La RB sienta las bases para una evolución posterior del lavado de los pies en occidente. Del lavado de los pies de los huéspedes evolucionó al lavado de los pies de los novicios en la víspera de su profesión (siglos XIV-XV), por ejemplo en Monte Cassino. Los hermanos Wolter vivieron esta costumbre en San Pablo Extramuros, en Roma y la llevaron a Beuron (una archiabadía en Alemania). Lavar los pies de los huéspedes se convirtió en lavar los pies de los pobres con Benito de Aniane. Desde los siglos IX-X, lavar los pies de los pobres entró en la liturgia de las sedes episcopales y finalmente se convirtió en parte de la liturgia romana del Jueves Santo. Hasta el Papa Francisco, el obispo de Roma lavaba los pies de los sacerdotes. No tendremos a menudo la oportunidad de lavar los pies de la gente. No obstante, el lavatorio de los pies puede expresarse de diferentes maneras: por medio de servicios generosos y ánimo para hacer las tareas domésticas más serviles.

14 Ya lavados, digan este verso: Oh Dios, meditamos tu misericordia en medio de tu templo.

La oportunidad para prestar un servicio es una razón para estar agradecidos a Dios. La xenofilia consiste sobre todo en recibir, mientras que cuando practicamos la filoxenia somos nosotros los que recibimos.

15 Póngase el máximo cuidado y atención en recibir a los pobres y extranjeros, porque de modo especial en ellos se recibe a Cristo. Pues el respeto que imponen los ricos ya obliga a honrarles.

Benito subraya que los pobres y extranjeros deben ser los favoritos. Desde el siglo IV, los términos “el pobre y el extranjero” se refieren con frecuencia a la misma persona. Esta actitud se corresponde con los deseos de Dios que enaltece a los humildes (Lc 1, 51.53). “El mayor cuidado y preocupación” o “preocupación mostrada de manera consciente” es particularmente cierto en la Regla de San Benito (RB 36, 1-7; RB 37, 1. 5-6). Juan Crisóstomo escribe: “Cuanto más pobre sea el hermano, más Cristo está presente en él” (Comentario a los Hechos de los Apóstoles XLV.3). Tenemos una preferencia clara por los pobres.

Benito no habla muy bien de los ricos, “nuestra reverencia a los ricos les garantiza especial respeto.” No se les rechaza, pero la preferencia pertenece claramente a los pobres.

PARTE II: Versículos 16-24

En la segunda parte prevalece la preocupación por la comunidad. Dos veces encontramos objetivos claros: “no molesten a los hermanos” (v.16) y “que sirvan sin murmurar” (v.18). Ambos objetivos están relacionados con la paz de la comunidad. La combinación de las dos partes del capítulo muestra el carácter distintivo de la hospitalidad benedictina.

16 Haya una cocina independiente para el abad y los huéspedes, para que éstos, que llegan a horas imprevistas y nunca faltan en los monasterios, no molesten a los hermanos.

Benito es lo suficientemente realista para ver que los huéspedes pueden molestar, causar discordia y caos.

17 De dicha cocina se encargarán cada año dos hermanos que cumplan bien ese oficio.

Basilio ya menciona el servicio especial por los huéspedes en su regla: “El servicio a los pobres lo realiza aquel que sea asignado, pero no será realizado por hermanos impacientes o indisciplinados” (58). En contraste con la rotación de los hermanos en la cocina, no hay ningún turno semanal para todos los hermanos, solamente para los dos que cocinen bien y presten su servicio durante un año.

18 Si lo necesitan, se les proporcionarán ayudantes para que sirvan sin murmuración. Por el contrario, cuando estén menos ocupados, vayan a trabajar en lo que se les mande.

19 Téngase esta norma no sólo en estos, sino también en todos los oficios del monasterio:

20 cuando lo necesiten déseles ayudantes, y cuando estén libres obedezcan en lo que se les mande.

Las circunstancias (como por ejemplo, que haya muchos huéspedes) o las limitaciones humanas de los hermanos que están en la cocina pueden provocar que necesiten ayuda. Todo el mundo debe estar dispuesto a prestar servicio sin murmurar (RB 41,5). Ya en el Nuevo Testamento, se menciona la murmuración en relación con la hospitalidad: “Sed hospitalarios unos con otros sin murmurar.” (1 Pe 4,9). La murmuración puede expresar una falta de fe: actuar por celos y hacer comparaciones, en vez de ver las cosas desde los ojos de Dios. La murmuración no siempre procede de la maldad humana. Una persona se puede sentir totalmente sobrepasada por el trabajo. Benito busca no sólo evitar la agitación y el agobio, también la pereza y el cotilleo.

La Regla parece no saber nada sobre la escasez de personal. Nuestras limitaciones no están en el corazón ni en la oración, sino en la ayuda concreta. Sólo podemos asumir las tareas en función de los miembros que haya en la comunidad, sin confusión, sin murmuración justificada, con tranquilidad de espíritu, sin tristeza. Como reducimos nuestros ministerios y tareas, necesitamos considerar a quién o a qué damos prioridad. No debemos perder de vista las prioridades de Benito en relación con la filoxenia que son los hermanos en la fe, los extranjeros, los peregrinos, los pobres.

21 A un hermano imbuído del temor de Dios se le confiará la hospedería

El hermano designado es el representante de la comunidad. Ejemplifica lo que toda la comunidad quiere ser: “lleno” de temor De Dios. Según la RB 7, el temor De Dios significa estar en la presencia de Dios.

22 en la que debe haber suficientes camas preparadas. Sea gente sabia la que con sabiduría administre la casa de Dios.

La “Casa De Dios” pertenece a Dios, Dios reina en ella. Los monjes son meramente administradores, ellos mismos son los huéspedes de Dios.

Juan Crisóstomo dice: “Al practicar la filoxenia, la casa se convierte en Iglesia” (Comentario a San Mateo. Homilía XLVIII. 6). La sensatez es una cualidad excelente para aquellos que realizan un oficio (RB 31,1; RB 21,4; RB 64, 2).

Los dos versículos finales parecen obsoletos a primera vista, pero aquí queremos centrarnos especialmente en las intenciones de San Benito. Estos dos versículos probablemente pertenecen a una edición posterior, obligada por la experiencia. El versículo 22 hubiera sido una buena conclusión del capítulo.

23 Quien no esté autorizado para nada se junte ni hable con los huéspedes.

Después de que Benito abre primero la puerta generosamente, parece cerrarla con firmeza de nuevo. Para entenderlo mejor, puede que nos ayude reformular en positivo: Hay hermanos que han sido asignados para estar y hablar con los huéspedes. Es el caso del hospedero, del superior o de aquel que éste haya designado.

Los monjes y los huéspedes son compañeros de camino hacia Dios, pero no en todos los aspectos. Los huéspedes se irán. Sus lazos con la comunidad no pueden ser nunca tan cercanos como lo es entre los hermanos. El mensaje real de este versículo podría ser que la solidaridad pertenece primero a los de tu propia comunidad. Donde falta esta solidaridad, la relación con el huésped se convierte en una vía de escape. Es, así, una manera de proteger a la comunidad de los huéspedes, pero también de protegerlos a ellos de los hermanos entrometidos. El huésped debe encontrar siempre una atmósfera de silencio.

24 Si se los encuentra, o los ve, saludándoles humildemente y pedida la bendición, pase de largo diciéndoles que no está autorizado para hablar con los huéspedes.

Obviamente, los huéspedes no están separados en todo momento: es posible un encuentro. Si no hay separación en el lugar, la distancia personal se mantiene a través del silencio. “Saludándoles humildemente”

significa literalmente mostrar humildad como ya decía Benito en los versículos 6 y 7. Las reglas antiguas sabían del mal en los hermanos queriendo unirse a charlas y conversaciones inútiles con los huéspedes.

Benito es serio en lo del encontrar a Cristo en el huésped. Por eso es el monje el que pide la bendición y no el huésped. Es la misma convicción que se encuentra en el versículo 14. Los monjes son los receptores.

Esta directiva debe ser actualizada en su formulación literal, pero basada en dos principios que aún son válidos hoy:

-1. Ciertas normas para la protección de la comunidad y del huésped son necesarias.

-2. El silencio es un valor que debe ser protegido.

“En el silencio reconocemos a los demás de un modo más profundo. Seguro que no lo usamos porque nos favorece, sino por considerar que es útil para ellos” (Böckmann).

¿Cómo vivimos hoy la tradición de la hospitalidad? Un poema del Hermanito Andreas Knapp puede llevarnos a confrontar la tradición y el Zeitgeist:

Nuestro vecindario
es nuestro monasterio
y los cruces de los caminos atestados de gente
son nuestro claustro.
Nuestros talleres del monasterio
son las fábricas
y nuestro tiempos de oración
están dictados por el reloj.
Nuestras peticiones
son los periódicos,
los problemas de los vecinos
los escuchamos como lectura mientras comemos,
y las historias de su vida
son nuestra biblioteca.
Las caras de la gente
son los iconos que veneramos

y en el semblante marcado por el sufrimiento vemos al crucificado.

¿Qué significa esto para nosotros monjes y monjas? ¿No deberíamos salir al mundo en vez de permanecer dentro de un convento? Una cosa es cierta: al igual que todos los bautizados, también debemos movernos, y de manera muy adecuada. Sino, seguiremos cultivando las tradiciones hasta que podamos hacerlo y olvidaremos la tradición. Aquellos que permanecen en el pasado o el presente no están en el sitio adecuado.

Como ocurre con otros muchos capítulos, San Benito comienza el capítulo 53 con algo fundamental que no puede moverse: Mt 25. ¿Podría el discurso sobre el juicio de Mateo 25 ayudarnos hoy también a mantener la tradición de la hospitalidad viva?

Como conclusión, me gustaría hacer algunas preguntas que puedan mostrar cómo tenemos que desafiar a la tradición y al Zeitgeist, el espíritu de los tiempos, de manera concreta:

- ¿A quiénes recibimos como huéspedes?
- ¿Qué tipo de gente nos recomienda la tradición?
- ¿Quiénes son hoy esa gente?
- ¿Cómo llegamos a ellos?
- ¿Cómo se enteran de la posibilidad de ser huéspedes en el monasterio?
- ¿Cómo podemos vivir la hospitalidad de manera que los huéspedes y la comunidad se encuentren con Dios?

Si pensamos que un folleto a la entrada del monasterio es suficiente para invitar a la gente, en los cuales Cristo nos visita hoy, permanecemos en el Zeitgeist de hace décadas. ¡Hoy, cuando escuchamos su voz, no queremos endurecer nuestros corazones! ¡Atrevámonos! ¡Va a ser apasionante! ¡Dios está llamando a nuestra puerta!